
ACTO TERCERO.

ESCENA I.

BARTOLO. (*Sale sin sombrero, ni baston por la derecha.*)
DON GERÓNIMO.

BARTOLO.

Pues señor, ya está visto. Esto de escabullirse, es negocio desesperado. . . . ¡El maldito, con achaque de la compostura del cuarto, no se mueve de allí! . . . ¡Ay, pobre Bartolo! . . . (*Pa-seándose inquieto por el teatro.*) Vamos, pecho al agua, y suceda lo que Dios quiera.

D. GERÓNIMO.

(*Sale por la izquierda.*)

No ha habido forma de poderla reducir á que se acueste. Ya la estan preparando la sopa en vino que usted mandó. Veremos lo que resulta.

BARTOLO.

No hay que dudar, el resultado será felicísimo.

D. GERÓNIMO.

Usted, amigo Don Bartolo, estará en mi casa obsequiado y servido como un príncipe; y entretanto, quiero que tenga usted la bondad de recibir estos escuditos.

(*Saca la bolsa y toma de ella algunos escuditos.*)

BARTOLO.

No se hable de eso.

D. GERÓNIMO.

Hágame usted este favor.

BARTOLO.

No hay que tratar de la materia.

D. GERÓNIMO.

Vamos, que es preciso.

BARTOLO.

Yo no lo hago por el dinero.

D. GERÓNIMO.

Lo creo muy bien, pero sin embargo. . . .

BARTOLO.

¿Y son de los nuevos?

D. GERÓNIMO.

Sí señor.

BARTOLO.

Vaya, una vez que son de los nuevos los tomaré. *(Los toma y se los guarda.)*

D. GERÓNIMO.

Ahora bien, quede usted con Dios, que voy á ver si hay novedad, y volveré. . . . Me tiene con tal inquietud esta chica, que no sé parar en ninguna parte.

ESCENA II.

LEANDRO. *(Sale por la puerta de la derecha, recatándose.)* BARTOLO.

LEANDRO.

Señor doctor, yo vengo á implorar su auxilio de usted, y espero que. . . .

BARTOLO.

Veamos el pulso. . . . *(Tomando el pulso, con gestos de displicencia.)* Pues no me gusta nada. . . . ¿Y qué siente usted?

LEANDRO.

Pero si yo no vengo á que usted me cure: si yo no padezco ningun achaque.

BARTOLO.

(Con despego.) ¿Pues á qué diablos viene usted?

LEANDRO.

A decirle á usted, en dos palabras, que yo soy Leandro.

BARTOLO.

¿Y qué se me da á mí de que usted se llame Leandro ó Juan de las viñas?

(Alzando la voz. Leandro le habla en tono bajo y misterioso.)

LEANDRO.

Diré á usted. Yo estoy enamorado de Doña Paulita; ella me quiere, pero su padre no me permite que la vea. . . . Estoy desesperado y vengo á suplicarle á usted que me proporcione una ocasion, un pretexto para hablarla y. . . .

BARTOLO.

Que es decir en castellano que yo haga de alcahuete. *(Irritado, y alzando mas la voz.)* ¡Un médico! ¡Un hombre como yo! . . . Quítese usted de ahí.

LEANDRO.

Señor.

BARTOLO.

¡Es mucha insolencia, caballero!

LEANDRO.

Calle usted, señor, no grite usted.

BARTOLO.

Quiero gritar..... ¡Es usted un temerario!

LEANDRO.

Por Dios, señor doctor.

BARTOLO.

¡Yo alcahuete? Agradezca usted que..... *(Se pasea inquieto.)*

LEANDRO.

¡Válgame Dios qué hombre!..... Probemos á ver si.....

(Saca un bolsillo, y al volverse Bartolo se le pone en la mano: él le toma, le guarda, y bajando la voz habla confidencialmente con Leandro.)

BARTOLO.

¡Desvergüenza como ella!

LEANDRO.

Tome usted..... Y le pido perdon de mi atrevimiento.

BARTOLO.

Vamos, que no ha sido nada.

LEANDRO.

Confieso que erré, y que anduve un poco.....

BARTOLO.

¡Qué errar? ¡Un sugeto como usted! ¡Qué disparate! Vaya, con que.....

LEANDRO.

Pues señor, esa niña vive infeliz. Su padre no quiere casarla por no soltar el dote. Se ha fingido enferma: han venido varios médicos á visitarla, la han recetado cuantas pócimas hay en la botica; ella no toma ninguna, como es facil de presumir, y por último hostigada de sus visitas, de sus consultas y de sus preguntas impertinentes, se ha hecho la muda, pero no lo está.

BARTOLO.

¿Con que todo ello es una farándula?

LEANDRO.

Sí señor.

BARTOLO.

¿El padre le conoce á usted?

LEANDRO.

No señor, personalmente no me conoce.

*

BARTOLO.

¿Y ella le quiere á usted? ¿Es cosa segura?

LEANDRO.

¡Oh! de eso estoy muy persuadido.

BARTOLO.

¿Y los criados?

LEANDRO.

Ginés no me conoce, porque hace muy poco tiempo que entró en la casa: Andrea está en el secreto: su marido, si no lo sabe, á lo menos lo sospecha y calla, y puedo contar con uno y con otro.

BARTOLO.

Pues bien, yo haré que hoy mismo quede usted casado con Doña Paulita.

LEANDRO.

¿De veras?

BARTOLO.

Cuando yo lo digo. . . .

LEANDRO.

¿Sería posible?

BARTOLO.

¿No le he dicho á usted que sí? Le casaré á

usted con ella, con su padre, y con toda su parentela. . . . Yo diré que es usted. . . . boticario.

LEANDRO.

Pero si yo no entiendo palabra de esa facultad.

BARTOLO.

No le dé á usted cuidado, que lo mismo me sucede á mí. Tanta medicina sé yo como un perro de aguas.

LEANDRO.

¿Con que no es usted médico?

BARTOLO.

No por cierto. Ellos me han examinado de un modo particular; pero con examen y todo, la verdad es que no soy lo que dicen. Ahora lo que importa es que usted esté por ahí inmediato, que yo le llamaré á su tiempo.

LEANDRO.

Bien está, y espero que usted. . . .

(Vase por la puerta de la derecha.)

BARTOLO.

Vaya usted con Dios.

ESCENA III.

ANDREA. *(Sale por la izquierda.)* BARTOLO. LUCAS.

ANDREA.

Señor médico, me parece que la enferma le quiere dejar á usted desairado, porque....

BARTOLO.

Como no me desaires tú, niña de mis ojos, lo demas importa seis maravedís.

LUCAS.

¿No le he dicho á usted, señor doctor, que no quiero esas chanzas?.... ¿No se lo he dicho á usted?

BARTOLO.

Pero hombre, si aqui no hay malicia ni....

LUCAS.

Vete tú de ahí.... Con malicia ó sin ella, le he de abrir á usted la cabeza de un trancazo, si vuelve á alzar los ojos para mirarla. ¿Lo entiende usted?

BARTOLO.

Pues ya se ve que lo entiendo.

LUCAS.

Cuidado conmigo.... ¿Se habrá visto trasto mas enredador!

ESCENA IV.

DON GERÓNIMO. *(Sale por la izquierda.)* BARTOLO.

LUCAS. LEANDRO.

D. GERÓNIMO.

¿Ay, amigo Don Bartolo! que aquella pobre muchacha no se alivia. No ha querido acostarse. Desde que ha tomado la sopa en vino está mucho peor.

BARTOLO.

¿Bueno! eso es bueno. Señal de que el remedio va obrando. No hay que afligirse. Aunque la vea usted agonizando, no hay que afligirse, que aqui estoy yo.... *(Llama, encarándose á la puerta del lado derecho.)* Digo, Don Casimiro, Don Casimiro.

LEANDRO.

(Desde adentro.) Señor.

BARTOLO.

Don Casimiro.

LEANDRO.

(Sale.) ¿Qué manda usted?

D. GERÓNIMO.

¿Y quién es este hombre?

BARTOLO.

Un excelente didascálico.... Boticario que llaman ustedes.... Eminente profesor.... Le he mandado venir para que disponga una cataplasma de todas flores, emolientes, astringentes, dialécticas, pirotécnicas y narcóticas, que será necesario aplicar á la enferma.

D. GERÓNIMO.

Mire usted qué decaída está.

BARTOLO.

No importa, va á sanar muy pronto.

ESCENA V.

DOÑA PAULA. ANDREA. GINÉS. *(Salen por la puerta de la izquierda.)* D. GERÓNIMO. BARTOLO. LEANDRO.

LUCAS.

BARTOLO.

Don Casimiro, púlsela usted, obsérvela bien, y luego hablaremos.

D. GERÓNIMO.

¿Con que en efecto es mozo de habilidad?
¿Eh?

(Va Leandro, y habla en secreto con Doña Paula, haciendo que la pulsa. Andrea terea en la conversacion. Quedan distantes á un lado Bartolo y Don Gerónimo, y á otro Ginés y Lucas.)

BARTOLO.

No se ha conocido otro igual para emplastos, ungüentos, rosolis de perfecto amor y de leche de vieja, ceratos y julepes. ¿Por qué le parece á usted que le he hecho venir?

D. GERÓNIMO.

Ya lo supongo. Cuando usted se vale de él, no, no será rana.

BARTOLO.

¿Qué ha de ser rana? No señor, si es un hombre que se pierde de vista.

DOÑA PAULA.

Siempre, siempre seré tuya, Leandro.

D. GERÓNIMO.

¿Qué? *(Volviéndose hácia donde está su hija.)* ¿Si será ilusion mia?... ¿Ha hablado, Andrea?

ANDREA.

Sí señor, tres ó cuatro palabras ha hablado.

D. GERÓNIMO.

¡Bendito sea Dios! ¡Hija mia! (*Abraza á Doña Paula, y vuelve lleno de alegría hácia Bartolo, el cual se pasea lleno de satisfaccion.*) ¡Médico admirable!

BARTOLO.

¡Y qué trabajo me ha costado curar la dichosa enfermedad! Aquí hubiera yo querido ver á toda la veterinaria junta y entera, á ver qué hacia.

D. GERÓNIMO.

Con que, Paulita, hija, ya puedes hablar, ¿es verdad? (*Vuelve á hablar con su hija, y la trae de la mano.*) Vaya, dí alguna cosa.

GINÉS.

(*Aparte á Lucas.* Aquí me parece que hay gato encerrado. ¡Eh?)

LUCAS.

Tú calla, y déjalo estar.

DOÑA PAULA.

Sí, padre mio, he recobrado el habla para decirle á usted que amo á Leandro, y que quiero casarme con él.

D. GERÓNIMO.

Pero si.

DOÑA PAULA.

Nada puede cambiar mi resolucion.

D. GERÓNIMO.

Es que.

DOÑA PAULA.

De nada servirá cuanto usted me diga. Yo quiero casarme con un hombre que me idolatra. Si usted me quiere bien, concédame su permiso sin excusas ni dilaciones.

D. GERÓNIMO.

Pero hija mia, el tal Leandro es un pobreton.

DOÑA PAULA.

Dentro de poco será muy rico. Bien lo sabe usted. Y sobre todo, sarna con gusto no pica.

D. GERÓNIMO.

¡Pero qué borboton de palabras la ha venido de repente á la boca! Pues hija mia, no hay que cansarse. No será.

DOÑA PAULA.

Pues cuente usted con que ya no tiene hija, porque me moriré de la desesperacion.